

Textos literarios

| Aquella guitarra

I Jesús Manuel Rubio Fernández



¿Dónde estará aquella guitarra que, ayer muy de mañana, me enamoró? Tenía los ojos negros; y su piel era de canela y muy sensual su boca, tanto que... ¡me enamoró nada más verla! Su cuerpo era el mismo pecado de lo bonito que era. Iba arropada en un fino mantón de seda. Y, de nuevo, vuelvo a preguntarme: ¿dónde estará aquella guitarra que me enamoró nada más verla?

Su rostro era pura poesía; su alma de coplas estaba toda llena. Y, al acariciar mi piel, despertaba un embrujo que traspasaba todas mis venas, ¡pero todas!. ¿Dónde estará aquella guitarra que me enamoró con solo verla?

Un grupo de hombres me dijo que se había marchado hacia otras tierras. Después me comentaron, de la forma más ingenua, que, tal vez, sería Andalucía, ¡moruna y princesa!. Otros, sin embargo, me dicen que marchó hacia Cartagena en un barco repleto de esperanzas y sueños. Y no me queda más remedio que volver a preguntar: ¿dónde estará aquella guitarra que me enamoró al instante de verla?

Si alguno de ustedes, buenos amigos, la viera, decidle, ¡por Dios!, que vuelva. La necesito. Porque, a la verdad, tengo el corazón brotándose rosas por ella. Y decidle, también, que me tiene loco perdido por su talante y belleza. Aún más: que ella es el pensamiento de todos mis pensamientos y necesito tenerla junto a mí.

¿Dónde estará —sigo preguntándome— aquella guitarra que me enamoró nada más verla? Su pelo es azabache con una larga trenza. Y tanta es su dulzura, que mañana mismo quiero casarme con ella. Y si les parece bien, decidle que yo no vivo desde su partida, y esta espera me mata tanto por fuera como por dentro. Perdonad, benévolos amigos, que vuelva, una vez más, a preguntar: ¿dónde estará aquella guitarra que me enamoró, nada más verla?. Si no la encuentro pronto, me volveré loco de amargura y pena.

Me cuentan unos chiquillos que se fue en busca de un soneto, que iba de taberna en taberna, con un clavel en la boca que, por cierto, no tenía dueña. Como todo desesperado, no tengo otra opción que volver a preguntar: ¿dónde estará aquella guitarra que me enamoró, nada más verla?. Unos pintores me dijeron haberla visto allá por el verde monte, pisando un fino manto de estrellas. Os lo ruego, de nuevo, señores, decidme por dónde pudiera estar. Porque yo, me estoy muriendo por ella.